

Una agenda política para las mujeres desde las prácticas. El caso de las Residencias y Secretariados Sociales de Medellín, 1945-1960*

Ruth López Oseira[†]

Resumen

En los años noventa, la historiografía de las mujeres y de género reveló que las prácticas y representaciones relativas a la maternidad, llamadas “políticas maternalistas”, subyacían al origen de los estados de bienestar en países europeos y en Norteamérica, y que el germen de muchas políticas sociales podía rastrearse en prácticas femeninas caritativas, filantrópicas o de asistencia social. Para muchas mujeres, el “maternalismo” se convirtió en una vía legítima de acceso a la política y a la esfera pública. Durante el auge de la industrialización en Medellín, se fundó en la ciudad, en 1945, la primera Escuela de Servicio Social para mujeres. En este artículo se analizan aspectos de las actividades de las asistentes sociales profesionales en dos modalidades de intervención social que surgieron, innovadoras, como campos de prácticas: las Residencias Sociales –de las que se crearon 19 en distintos barrios de la ciudad, entre 1946 y 1959- y los Secretariados Sociales. Con ello, se pretende mostrar cómo mediante estas prácticas, las medellinenses ilustradas se esforzaron por legitimar, ante la sociedad y las autoridades, una cultura femenina centrada en el rol maternal, traduciendo el debate sobre la “cuestión social” en clave de género, trasladándola al espacio público como la cuestión de las mujeres, las madres, la infancia y la familia.

* Artículo recibido el 5 de septiembre de 2008 y aprobado el 21 de noviembre de 2008. Artículo de investigación científica.

† Graduada en Geografía e Historia en la Universidad Complutense de Madrid y Magister en Historia Latinoamericana de la Universidad Internacional de Andalucía. Candidata a Doctora en Historia Latinoamericana de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, España. Dirección de contacto: rlopezos@unal.edu.co

Palabras clave: Historia, mujeres, género, prácticas y representaciones, política, asistencia social, cuestión social, modernización, Medellín, Colombia, siglo XX.

Abstract

In the nineties, the historiography of women and gender revealed that the practices and representations related to motherhood, called «maternity policies,» were beyond the origin of the welfare states in European countries and North America, and that the germ of many social policies could be traced in women's charitable practices, philanthropic or social welfare. For many women, the «motherly» became a legitimate means of access to politics and the public sphere. During the rise of industrialization in Medellín, the city was founded in 1945, the first School of Social Work for Women. This article discusses aspects of the business of professional social workers in both forms of social intervention that emerged, innovative, such as fields of practice: the Social Residences –which 19 were created in different neighborhoods of the city, between 1946 and 1959 – and Social Secretariats. This proposal is intended to show how through these practices, the illustrated women from Medellín, worked to legitimize for society and the authorities, a female-centered culture in the maternal role, translating the debate on the «social issue» in terms of gender, moving it the public space as the issue of women, mothers, childhood and family.

Keywords: History, Women, gender, practices and representations, politics, social assistance, social issue, modernization, Medellín, Colombia, the twentieth century XX.

1. Las mujeres y la tradición asistencialista en Medellín en el contexto de la modernización

Entre 1928 y 1951 la población de Medellín se triplicó; la ciudad y el conjunto de poblaciones aledañas ubicadas en el Valle de Aburrá pasaron de algo más de 150.000 habitantes en 1938 a casi un millón en 1964. La concentración demográfica y el crecimiento urbano vinieron acompañados de una serie de fenómenos económicos, sociales

y culturales asociados a las ideas de modernización y progreso¹.

Un amplio repertorio bibliográfico ha dado cuenta con detalle de cómo, desde los años veinte, se desarrolló una industria manufacturera significativa en Medellín y sus municipios vecinos, convirtiéndolos rápidamente en uno de los principales polos industriales de Colombia. Estos estudios han mostrado cómo las empresas industriales medellinenses

¹ MELO, Jorge Orlando, “Proceso de modernización en Colombia, 1850-1930”, *Revista de Extensión Cultural*, (20), Medellín, Universidad Nacional de

se consolidaron en los años treinta y cómo sus propietarios llegaron a ejercer una notable influencia política en el país en las décadas de 1940 y 1950. Un mercado protegido permitió a estos industriales desarrollar gradualmente modelos de gestión y de disciplina laboral basados en la combinación de viejas tradiciones paternalistas –sustentadas en la extensión de modelos de disciplinamiento ensayados previamente en instituciones caritativas y de beneficencia– con nuevos métodos de *management* industrial que algunos autores han considerado una adaptación local de la ideología social-católica de raíz europea².

Un espectro bibliográfico no menos nutrido y variado que el anterior se ha dedicado a estudiar las transformaciones sociales relacionadas con este proceso de industrialización. El hecho de que durante las primeras fases de este despegue industrial, que se prolongaron hasta mediada la década de 1940, la mayor parte de los obreros fueran en realidad *obreras* no pasó inadvertido ni en la historiografía local ni a los ojos de los observadores contemporáneos³. Las mujeres y hombres que vivieron estos tiempos vertiginosos notaron que las relaciones sociales se transformaban profunda y rápidamente y reflejaron su percepción de los cambios a través de dife-

Colombia, 1985 p. 31-41; RUEDA PLATA, José Olinto, “Historia de la población en Colombia, 1880-2000”, *Nueva Historia de Colombia*, vol. V., Bogotá, Planeta, p. 363; REYE K., Ulrich, *Aspectos económico espaciales del crecimiento demográfico en Antioquia y el Valle de Aburrá*, Medellín, Universidad de Antioquia, Centro de investigaciones económicas, 1964, p. 3-4.

² GÓMEZ MARTÍNEZ, Fernando y Arturo PUERTA, *Biografía económica de las industrias en Antioquia*, s.d., 1945; BOTERO HERRERA, Fernando, *La industrialización en Antioquia. Génesis y consolidación 1900-1930*, Medellín, CIE, Universidad de Antioquia, 1984; MAYOR MORA, Alberto, *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*, Bogotá, Ed. Tercer Mundo, 1984; POVEDA RAMOS, Gabriel, *La ANDI y la industria en Colombia, 1944-1984*, Bogotá, Ed. Guadalupe, 1984; ARANGO, LUZ Gabriela, *Mujer, religión e industria. Fabricato, 1923-1982*, Medellín, FAES-Universidad de Antioquia-Universidad Externado de Colombia, 1991; ARANGO, “El proletariado femenino entre los años 50 y 70”, *Las mujeres en la Historia de Colombia*, vol. 2, Bogotá, Norma, 1992, p. 503-527; FARNSWORTH ALVEAR, Ann, *Dulcinea in the Factory. Myths, Morals, Men and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960*, Durham & London, Duke University

Press, 2000; MONTENEGRO, Santiago, *El arduo tránsito hacia la modernidad: historia de la industria textil colombiana durante la primera mitad del siglo XX*, Bogotá, Norma, 2002.

³ Los datos arrojados por los censos de la industria textil de Medellín y el Valle de Aburrá muestran que mientras en las décadas de 1920 y 1930 las mujeres ocupaban entre el 75% y el 62% de la mano de obra, su presencia se redujo progresivamente, y ya en la década de 1950 ocupaban menos del 50%; la tendencia descendente continuó hasta los años setenta, véase: FARNSWORTH ALVEAR, *Dulcinea in the Factory*, p. 6. Si bien es cierto que muchos de los autores mencionados en la nota anterior y los que se citan a continuación advirtieron este hecho, es igualmente importante subrayar que la masiva presencia femenina no fue contemplada como un problema de investigación hasta que historiadoras como Luz Gabriela Arango o Ann Farnsworth se ocuparon del mismo con una perspectiva de género. URRUTIA, Miguel, *Historia del sindicalismo en Colombia*, Bogotá, La Carreta, 1978; OSORIO, Iván Darío, *Historia del sindicalismo antioqueño, 1900-1986*, Medellín, Instituto Popular de Capacitación, 1987, VILLEGAS GÓMEZ, Hernán Darío, *La formación social del proletariado antioqueño, 1890-1930*, Medellín, Concejo de Medellín, El Propio Bolsillo, 1990; ARCHILA NEIRA, Mauricio,

rentes manifestaciones donde expresaron y debatieron acerca de lo que podía entenderse por *progreso* y cual era el precio que habría que pagar por él⁴.

Aunque las tesis y ensayos de los académicos, los artículos y reportajes de los periodistas, los discursos y arengas de los políticos, los informes y memorandos de los funcionarios, las homilías y sermones de los curas fueron mayoritariamente producidos por varones, no deduciría de ello que las mujeres permanecieron ajenas a las controversias acerca de la cuestión social –percibida como la emergencia de un nuevo tipo de conflicto social específicamente urbano, definido como la oposición entre “el capital y el traba-

jo”– presuponiendo que se limitaron a reproducir pasivamente los discursos elaborados y divulgados por los primeros.

Las medellinenses de la primera mitad del siglo pasado apreciaron los cambios que ocurrían en su contexto social, reaccionaron a los mismos y también formaron parte de ellos. Sus puntos de vista, cuando pueden ser rastreados, muestran una mirada perspicaz acerca de cómo los cambios sociales estaban incidiendo de forma particular en el estatus familiar, económico, social y cultural de las mujeres y en las relaciones entre los sexos. Sus reacciones se expresaron tempranamente en una amplia variedad de prácticas de tipo caritativo y filantrópico; tardaron algo más en materializarse en formas discursivas. En realidad, las actividades asistenciales no eran algo completamente nuevo, ya que desde 1870 habían surgido en Medellín diversos tipos de prácticas caritativas y filantrópicas dirigidas a paliar los efectos más evidentes de la exclusión y la pobreza, en las que las mujeres tuvieron una participación importante. Muchas de estas prácticas tradicionales femeninas fueron espontáneas e informales, como los *costureros*, pero también hubo una tendencia a convertirlas en instituciones formales como la Asociación de Madres Católicas, la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús (1871) o la Sociedad de las Damas de la Caridad (1934), vinculadas de diversas formas a la Iglesia católica⁵.

Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945, Bogotá, CINEP, 1991 y “Ni amos ni siervos. Memoria obrera de Bogotá y Medellín (1910-1945)”, *Controversia*, (156-157), Bogotá, CINEP, diciembre de 1989.; GARCÍA LONDOÑO, Carlos Edward, *Niños trabajadores y vida cotidiana en Medellín, 1900-1930*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1999; CAÑAS RESTREPO, Juan José, *Ganarás el pan con el sudor de tu frente: sociedad salarial y culto al trabajo a mediados del siglo XX en Medellín*, Medellín, Escuela Nacional Sindical, 2003.

⁴ Entre las manifestaciones contemporáneas que mostraron una sensibilidad especial hacia las transformaciones de las relaciones de género y el estatus de la mujer se podrían destacar las obras literarias de Jaime Sanín Echeverri, *Una mujer de cuatro en conducta* (1948), Soffa Ospina de Navarro, *Cuentos y crónicas* (1926) así como sus asiduas colaboraciones en la prensa y, Magda Moreno, *El embrujo del micrófono* (1948) y *Los hijos de Gracia* (1951), así como buena parte de la obra pictórica de la artista Débora Arango, como algunas de las más visibles y destacadas, aunque en ningún caso las únicas.

⁵ Hasta la década de 1940, sus homólogas masculinas, entre las que cabe destacar la Sociedad

Por lo general, la literatura especializada ha tendido a destacar en las organizaciones caritativas de varones lo que les ha negado a las formadas por mujeres: un marcado carácter político. Esto se ha apoyado en el hecho de que los miembros más prominentes de organizaciones como la Sociedad de San Vicente de Paúl fueron a su vez destacados políticos de talla local o nacional. Dado que no es posible establecer una conexión análoga en el caso de las organizaciones femeninas, ya que las colombianas no pudieron ostentar cargos públicos de cierto rango hasta 1934 ni ejercer el derecho al voto hasta 1957, el asunto ha quedado un tanto oscurecido⁶.

Católica de Medellín (1872) y la Sociedad de San Vicente de Paúl (1882), tuvieron un papel relevante, aunque fueron perdiendo progresivamente terreno frente al mayor dinamismo de agrupaciones femeninas y mixtas.

⁶ BOTERO HERRERA, Fernando, “La Sociedad de San Vicente de Paúl y el mal perfume de la política, 1882-1914”, *Historia y Sociedad*, (2), Medellín, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Historia, 1995, p. 39-74; CASTRO HERNÁNDEZ, María Patricia, “La beneficencia en Medellín, 1880-1930”, Tesis de grado, Departamento de Historia, Universidad de Antioquia, 1994 y “Las comunidades religiosas femeninas en Antioquia, 1876-1940”, Tesis de Maestría, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 2001. Gloria Mercedes Arango hace notar la militancia de las asociaciones caritativas católicas femeninas al lado del partido conservador durante los conflictos civiles del siglo XIX, pero considera solo la política partidista y observa el fenómeno como algo coyuntural—debido a la crisis del conflicto bélico—, sin analizar las diferentes dimensiones políticas de dichas asociaciones, sus prácticas y representaciones; Véase: *Sociabilidades católicas, entre la tradición y la modernidad, Antioquia, 1870-1930*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2004 y

Pero lo cierto era que, pese a que se preocupaban por subrayar su carácter explícitamente apolítico, la política se introducía en la vida cotidiana de las asociaciones femeninas como un fenómeno concomitante al ejercicio de la caridad. Por una parte, la exaltación de ciertas actitudes y comportamientos como virtudes propias de la naturaleza femenina, que hacían de las mujeres católicas—sin distinción aparente de clase social u origen étnico—las auxiliadoras por excelencia del clero en la defensa y divulgación de la doctrina cristiana frente al avance de ideas *disolventes* como el liberalismo, el socialismo o el comunismo, era promovida con un marcado carácter político militante contra los partidos y organizaciones que representaban aquellas tendencias.

Por otra parte, las asociaciones caritativas femeninas cooperaban con diferentes instancias y niveles de las administraciones públicas; cooperación que se caracterizaba por su fluidez e irregularidad. En realidad, entre 1925 y 1945, el papel del Estado colombiano en asuntos relativos a la previsión, protección y asistencia social se había limitado a promulgar una legislación casuística, evitando intervenir directa y activamente en este ámbito dejado a la iniciativa de instituciones privadas. Pero en la década de 1930 comenzó a tomar forma la idea de que al Estado le co-

“Mujeres, pobres y sociabilidades. La Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, Antioquia 1870-1900”, *Sociología*, (24), Medellín, Universidad Autónoma Latinoamericana, 2001, pp. 41-73.

respondía asumir una participación más activa, ante la evidencia de que la dimensión de los problemas derivados del crecimiento de la población urbana, el desempleo y la pobreza superaban abrumadoramente las posibilidades asistenciales de las instituciones caritativas privadas. La reforma constitucional de 1936, elaborada por un gobierno y un congreso casi exclusivamente liberales, estableció la responsabilidad del Estado en la promoción activa de la protección y la asistencia social. Sin embargo, a pesar del incremento de la retórica y las declaraciones públicas, solo unas pocas políticas sociales alcanzaron a materializarse en instituciones concretas de alcance nacional, como fue el caso de la creación del Instituto Colombiano de los Seguros Sociales (1946) y del Subsidio Familiar administrado a través de las Cajas de Compensación Familiar (1954).

De modo que la mayor parte de las acciones o programas asistenciales y de beneficencia públicos estaban en manos de las administraciones locales o departamentales, y en estos niveles de la esfera política formal se establecían fluidas relaciones de cooperación entre las instancias públicas y las organizaciones

privadas. Esta cooperación adoptaba diferentes modalidades: desde la fundación por parte de las asociaciones caritativas femeninas de Medellín de establecimientos asistenciales que terminaron siendo apoyados, administrados y financiados, total o parcialmente, por el tesoro público⁸, a la creación de instituciones de titularidad pública cuya administración era encargada a entidades privadas o comunidades religiosas⁹, pasando por el establecimiento de legislación que pretendía regular tales iniciativas privadas¹⁰, o bien por el reparto de multitud de subvenciones y pequeños auxilios sujetos a una amplia casuística. Así que, aunque presentaban una apariencia desorganizada y carecían de un patrón sistemático, existía una multitud de vínculos entre las instituciones estatales del nivel local o regional y las organizaciones caritativas femeninas. Esto permite plantear –al menos como hipótesis– que de manera indirecta, las or-

⁷ El 30 de junio de 1954 se firmó el acta de constitución de la primera Caja de Subsidio Familiar por compensación en el país con el nombre de Caja de Compensación Familiar de Antioquia, COMFAMA, la cual empezó a funcionar el 30 de agosto del mismo año. Por decreto legislativo No.118 de 1957, las Cajas se extendieron al país con carácter obligatorio.

⁸ Ejemplos de ello fueron la Casa de Asilo y Refugio (1873-1881), destinada a recoger a los indigentes, ancianos desamparados; la Casa de Jesús María y José (1883) dirigida a proteger niñas desvalidas; el Dormitorio de Niños pobres (1912); la Gota de Leche y las Salas Cunas (1917-1918); la Escuela para Sirvientas (1920) o el Dormitorio de Nuestra Señora de las Mercedes (1921), fundados por la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús.

⁹ Caso del Hospital San Juan de Dios (1850) luego Hospital San Vicente de Paúl (1934), la Casa de Mendigos (1891) o el Orfanato de San José (1915).

¹⁰ En este sentido cabe destacar creación de la Junta General de Beneficencia en 1888, mediante la cual se obligaba a los establecimientos privados fundados por organizaciones caritativas que recibían subvenciones del tesoro público a someterse a ciertos reglamentos.

ganizaciones y prácticas femeninas influyeron en la definición, administración, ejecución y financiación de acciones públicas de carácter asistencial.

Finalmente, otro modo de considerar el contenido político de las actividades asistenciales femeninas es atendiendo a la manera en que éstas, en la práctica, lograron “traducir en clave de género” un asunto central en la agenda política de la primera mitad del siglo: la cuestión social. Me refiero a que, donde otros agentes veían la lucha entre el capital y el trabajo, las asociaciones, organizaciones e instituciones femeninas visibilizaron problemas cotidianos que afectaban de forma específica y diferenciada a las mujeres y la infancia, como trataré de mostrar más adelante en relación a casos concretos.

Durante las primeras décadas del siglo XX, el entramado de organizaciones y prácticas caritativas y filantrópicas realizadas por mujeres en Medellín se fue haciendo más denso, complejo y variado¹¹. Sin embargo, un rasgo común a todas aquellas anteriores a 1945 fue haber estado formadas por voluntarias

¹¹ En Colombia, a principios del siglo XX, la acción social privada, vinculada casi en su totalidad a la Iglesia católica, comenzó a ser coordinada a través de la Acción Social Católica (1933) y la Organización Católica Social Arquidiocesana de Antioquia, esta última fundada en Medellín en 1946, con el fin de “trabajar por el bienestar social de los trabajadores y sus familias, miembros de los sindicatos de las principales industrias antioqueñas”, a los cuales facilitaba servicios médicos, odontológicos, mutualidad y asesoría social.

y no por profesionales. En ese año se fundó, por iniciativa privada, la primera Escuela de Servicio Social de la ciudad, dirigida a señoras y señoritas, cuya propaganda era significativa: “Servicio Social, una carrera activa, movida, llena de satisfacciones... Carrera social donde todavía, entre nosotros, todo está por hacer; terrenos vírgenes que aguardan una raza valiente de trabajadoras y de apóstoles”¹².

La formación de las futuras asistentes sociales exigía que realizaran un estudio de caso o monografía de grado, en la que relacionaran los aspectos teóricos y la experiencia obtenida a través de las prácticas profesionales que debían llevar a cabo en alguna institución asistencial. Dichas monografías son la primera expresión sistemática, en el nivel de los discursos, de la forma en que las mujeres educadas interpretaban la cuestión social, además de una excelente fuente para la historia de las mujeres y el género. Este nuevo grupo de profesionales actuó como mediador entre las organizaciones caritativas, las instituciones estatales y la comunidad – especialmente las mujeres populares – y contribuyó a visibilizar, aunque de una forma difusa, que la problemática “cuestión social” afectaba a las mujeres de manera específica y diferenciada. Mediante sus prácticas, tanto voluntarias como profesionales se esforzaron por legitimar una cultura femenina centra-

¹² Escuela de Servicio Social de Medellín, Folleto n° 4, s.d. (aprox. 1947).

da en el rol maternal, traduciendo la “cuestión social” en clave de género y convirtiéndola en la cuestión de las mujeres, las madres, la infancia y la familia¹³.

2. Prácticas asistenciales: la dimensión de género de la “cuestión social”

Las Residencias Sociales de Medellín

En agosto de 1945 las alumnas de la Escuela de Servicio Social de Medellín comenzaron a realizar sus primeras prácticas profesionales en entidades públicas y privadas como el Secretariado Social de la empresa textil Fabricato, la Cruz Roja de Antioquia y la Policlínica Municipal. A estas se sumó pronto un nuevo tipo de establecimiento vinculado a la vida barrial y comunitaria, denominado Residencia Social. Lo que en Medellín se denominaron Residencias Sociales era el trasunto de una modalidad asistencial surgida durante la

segunda mitad del siglo XIX en Inglaterra, que había alcanzado un notable desarrollo en los Estados Unidos, en lo que se conocía como el movimiento de los *Settlements*, *Neighborhood Houses* o *Community Centres*, evidenciando la progresiva influencia norteamericana en la orientación de la Escuela y del servicio social profesional. La fundadora de la Escuela de Servicio Social de Medellín, Cecilia Echavarría Toro –perteneciente a una notable familia de industriales medellinenses¹⁴–, había residido varios años en Estados Unidos y trató de replicar en su ciudad natal la experiencia de “Casita María”, un *community center* situado en el barrio latino de Nueva York, auspiciado por grupos católicos.

A iniciativa de la Escuela, las Residencias Sociales fueron introducidas en Medellín como espacios propicios para que sus estudiantes realizaran sus prácticas profesionales; posteriormente esta modalidad de organización del trabajo asistencial fue imitada por otras instituciones. La primera Residencia Social, situada en el barrio Antioquia, fue creada en 1946 por iniciativa de la Escuela en colaboración con la Organización Católica Social Arquidiocesana y funcionó entre 1946 y 1951¹⁵.

¹³ Entre las tesis de grado de la Escuela de Servicio Social de Medellín que fueron consultadas para la realización de este artículo se encuentran las siguientes: CADAVID GÓNIMA, Blanca, “Residencias Sociales”, Tesis de grado, Escuela de Servicio Social anexa al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá, 1946; RIVERA GÓMEZ, Fanny, “La asistencia social frente a la familia y sus problemas”, Medellín, 1947; RESTREPO RESTREPO, Blanca Luz y María Cecilia ÁNGEL, “Desarrollo del movimiento de Residencias Sociales en Medellín”, Medellín, 1958; SANDINO, María Elena, “Origen y evolución histórica de la práctica de trabajo social en Antioquia”, Medellín, 1951; YEPES GÓMEZ, Celmira, “La cooperación como base de la organización social”, Medellín, 1955.

¹⁴ Cecilia era hija de Alberto Echavarría E. y Julia Toro V.; su padre era uno de los empresarios fundadores y dueños de Fabricato, una de las principales empresas textiles antioqueñas, creada en la década de 1920.

¹⁵ La OCSA cooperó en la fundación de la Residencia Social del barrio Antioquia; pero ésta

El barrio Antioquia era un barrio relativamente nuevo, situado en los arrabales –al suroccidente de la ciudad, en la parte plana del valle, adyacente al campo de aviación “Olaya Herrera”–; el sector ofrecía un aspecto ordenado, con sus calles correctamente alineadas, aunque solo la calle 25, la principal, estaba pavimentada. Las restantes vías formaban charcas y pantanos en invierno, que favorecían el criadero de zancudos y la propagación de enfermedades como el paludismo. Aunque el barrio tenía algunos servicios públicos, como escuelas de primaria para niños y niñas, capilla, farmacia y una inspección de policía, la mayoría de sus 560 casas carecían de luz, alcantarillado o agua potable¹⁶. Sus habitantes, alrededor de cinco mil¹⁷, eran un grupo heterogéneo de inmigrantes llegados de distintos pueblos de Antioquia. La mayor parte eran obreros y obreras de las fábricas o trabajadores en el sector comercial de Guayaquil, cuya mala fama era proverbial en la ciudad como abrigo de borrachos, prostitutas y delincuentes.

Para las asistentes sociales, el contacto con los *bajos fondos* de Medellín ejercía una influencia negativa en las costumbres de los habitantes del barrio

fue administrada y financiada exclusivamente por la Escuela de Servicio Social desde 1947 a 1951, año en que el gobierno municipal promulgó un Decreto que designó a dicho sector como única zona de tolerancia de Medellín, lo cual motivó a las directivas de la Escuela a retirarse del barrio.

¹⁶ CADAVID GÓNIMA, “Residencias Sociales”, pp. 7-8.

¹⁷ RIVERA GÓMEZ, “La asistencia social”, p. 44.

Antioquia, donde cafés, cantinas y casas de putas “donde mujeres ganaban la vida de una manera deshonestas”, empezaban a menudear y el control social era bastante laxo: allí se exhibían diariamente películas censuradas en los principales teatros del centro de la ciudad porque el barrio no tenía aún su propia junta de censura¹⁸. Así, si bien concluyeron que la situación económica de los habitantes no era tan grave como en otros sectores, el desorden moral y la falta de educación las decidieron a fundar la primera Residencia en este lugar¹⁹.

El centro se inauguró con un dispensario médico y odontológico donde practicantes de servicio social levantaban fichas sobre el ambiente familiar, higiénico y social de los usuarios y realizaban campañas preventivas de higiene, instruyendo especialmente a las madres del barrio para aplicar medidas de profilaxis contra las enfermedades más comunes. Más tarde programaron cursos para dichas madres, pues: “Por lo general las madres obreras no tienen ninguna cultura ni siquiera nociones rudimentarias que les permitan dar una respuesta adecuada a sus hijos cuando la solicitan (...) de aquí que la mayoría de las veces no tengan ningún ascendiente en el hogar (...)”²⁰. De ahí surgió la iniciativa de abrir un centro para mujeres jóvenes, en el que les ofrecían com-

¹⁸ CADAVID GÓNIMA, “Residencias Sociales”, p. 15.

¹⁹ RESTREPO R. y ÁNGEL R., “Desarrollo del movimiento de Residencias”, pp. 36-37.

²⁰ CADAVID GÓNIMA, “Residencias Sociales”, p. 26.

pletar la educación primaria y nociones útiles “para la misión que han de desempeñar en el hogar”:

Es un hecho que la niña, a los doce años de edad, más o menos, es retirada de la Escuela porque la madre necesita de su ayuda. Se encuentra en la casa (...) donde carece la mayoría de las veces de expansión y comunicación con las personas de fuera, en un medio muchas veces hostil a sus aspiraciones e ideales. En la época en que es capaz de asimilar nuevas ideas y conocimientos es cuando termina para ella la instrucción²¹.

Los programas de servicio social de caso y servicio social familiar incluían visitas domiciliarias mediante las que la asistente social “palpa la realidad de los problemas existentes en el hogar obrero”, pero en la práctica, la mayoría de los usuarios, beneficiarios y objeto de dichos programas fueron las obreras, las amas de casa o las madres del hogar obrero. De esta manera, las asistentes sociales se iniciaban en la compleja “cuestión social” a través de los problemas cotidianos y concretos de sus interlocutoras principales: madres de familia, mujeres jóvenes, niñas y niños. No resulta extraño, por tanto, que estas profesionales considerasen que, entre los problemas que afectaban a la comunidad, se destacara el gran número de menores que “vagan sin educación alguna, presenciando en las calles y can-

tinias toda clase de espectáculos inconvenientes para su formación moral”²² y el abandono o ausencia del hogar por parte del padre de familia, el cual parecía ser el principal y más generalizado problema social detectado en el barrio:

(...) en estos tiempos la causa de desorganización en el núcleo familiar, tiene como origen la falta de responsabilidad del padre para cumplir con sus obligaciones, como también lo es en otras ocasiones el abandono que éste mismo hace de su hogar, dejando a su esposa sola, cargada de preocupaciones respecto al porvenir de aquellos hijos que no alcanza a educar ni a sostener materialmente. Otras veces es la falta de dignidad en la mujer, las desavenencias conyugales, las salidas frecuentes de la madre, teniendo que dejar el hogar para trabajar fuera y de esta manera proporcionar algún mejoramiento en el presupuesto²³.

Pese a que Medellín era considerada una ciudad fervientemente católica en la que el modelo de familia tradicional era especialmente estable y las uniones libres o los hijos extramatrimoniales eran hechos aislados, las prácticas de las asistentes sociales evidenciaron que el fenómeno de las madres cabeza de familia en los barrios obreros era más frecuente de lo supuesto y de casuística diversa, como mostraban sus informes:

²¹ CADAVID GÓNIMA, “Residencias Sociales”, p. 29.

²² CADAVID GÓNIMA, “Residencias Sociales”, p. 26.

²³ CADAVID GÓNIMA, “Residencias Sociales”, p. 33.

Es Mercedes una morena agraciada, sus trenzas negras y largas le dan el aspecto de una verdadera gitana. Tiene aproximadamente 28 años. De temperamento optimista y emprendedor, a pesar de no ser casada, tiene cuatro niños. Hasta hace algún tiempo llevó una vida borrascosa y disipada en extremo. De este tiempo para acá, gracias a su arrepentimiento y buena voluntad y a las insinuaciones y ayuda de la Asistente, su conducta es buena y cristiana. Al penetrar la situación de esta pobre mujer se ha comprobado que su problema moral tiene como causa primera la miseria y por lo tanto se ha seguido con ella una táctica de sostenimiento moral, ayudado claro está, de auxilio material. (...) En una casa vecina trabaja la mañana para ganarse el sustento diario, en el medio día lava ropas ajenas. Su hijo Jaime, de 9 años, es un muchacho travieso en extremo, insubordinado, desobediente y con malas compañías hasta el punto de hacer llorar a su madre no pocas veces. Dadas estas circunstancias, y la poca vigilancia que la madre podía prestarle por razón de su trabajo, fue internado por petición de ella en una casa de menores, y allí está actualmente, preparándose para la vida. (...) La madre es actualmente responsable de sus deberes como tal, observa una conducta intachable y se preocupa por el bienestar, la salud y educación de sus hijos²⁴.

Es Gabriela una mujer simpatiquísima, amable y culta como tal vez no hay otra en el Barrio. (...). La hija mayor, Ligia, de 20 años, es una buena muchacha, trabajadora y considerada con su madre; el fruto de su trabajo lo destina para el sostenimiento del hogar. (...) Un muchacho del barrio empezó a pretender a Ligia; pasó algún tiempo y él le propuso matrimonio. La madre de Ligia no sabía aún qué clase de persona era el novio de su hija. Aconsejada por la Asistente averiguó su origen, costumbres etc. y se comprobó que tal hombre era casado. Qué lágrimas tan amargas tuvo que derramar esta pobre madre para dar tan terrible noticia a su hija. (...) Fue un tiempo de lucha, pero al fin con mucha dificultad y ayudada por la fuerza de voluntad que en Ligia había, logró conseguir otro novio, y así olvidar al anterior. Fortalecida y cambiada se dedicó de nuevo al trabajo para ayudar a la casa con más intensidad que nunca. Hizo vueltas para el cobro de la cesantía a que tenía derecho por su trabajo en una de las fábricas de la ciudad y resolvió construir con ese dinero una casita más cómoda y bonita; lo intentó y lo consiguió. En tres meses hizo de la casa chiquita e incómoda en la que vivía una casa más grande, cómoda y en buenas condiciones. Su madre vive orgullosa de ella y de sus hijos todos, al mismo tiempo que agradecida de la Asistente, a la que dice debe la alegría y tranquilidad de su hogar (...)²⁵.

²⁴ RIVERA GÓMEZ, "La asistencia social", p. 46-47.

²⁵ RIVERA GÓMEZ, "La asistencia social", p. 47-50.

La familia a que se refiere este caso, consta de la madre y ocho hijos, el segundo de ellos asesinado hace poco tiempo a la edad de 19 años, muchacho que tenía a su cuidado el sostenimiento de la familia, pues el padre, hombre de unos 70 años, la abandonó para vivir libremente, dejando a su esposa en espera de su noveno hijo. La mayor, casada y con tres niños, vivía con sus padres, y fue abandonada por su esposo el mismo día que su madre, siguiendo ambos idéntico camino. (...) Se establecieron en el barrio, en una miserable casa de condiciones higiénicas pésimas, y carente de todo medio para vivir como seres humanos. El aspecto que presentaba la familia era desconcertante; los esposos al partir se llevaron todos los muebles y enseres, dejando solo las ropas de uso personal, viéndose la familia obligada a dormir en el suelo (...). Se sostenían de lo que las gentes les proporcionaban ya que el mayor de los hombres, muchacho de 18 años, estaba descolocado y los otros no estaban en edad de trabajar; ni los niños asistían a la Escuela por falta de puesto en ellas. Al presenciar esta situación, la Asistente tuvo que obrar inmediatamente, pues no podía dejar a este grupo familiar expuesto a condiciones tan miserables y caóticas²⁶.

Tres casos paradigmáticos de mujeres de sectores populares que encabezan grupos familiares —la madre solte-

²⁶ CADAVID GÓNIMA, “Residencias Sociales”, p. 37.

ra, la viuda y la abandonada— y que desafiaban la marginalidad a la que fueron relegadas por los registros estadísticos y por los lugares comunes acerca de la familia antioqueña.

Para entonces, varias alumnas de los últimos años habían contribuido a fundar nuevas Residencias Sociales en distintos barrios de Medellín, con el objeto de abrir campos de prácticas de la Escuela e intervenir socialmente en los barrios. En 1947, la estudiante Pilar González²⁷, fundó en colaboración con el cura del barrio, titular de la parroquia El Calvario, la Residencia Social “Cristo Obrero” en el barrio Campo Valdés, de la que fue directora. Según algunos informes “El motivo que llevó a la señorita González a fundar la Residencia fue el deseo de trabajar en una obra propia, donde pudiera ejercer la profesión y ayudar al barrio”²⁸.

El barrio Campo Valdés se encontraba en una zona quebrada en las laderas del oriente de Medellín. Al igual que sucedía en el barrio Antioquia, sus habitantes eran obreros en su mayoría, y el sector presentaba una precaria situación en cuanto a servicios de higiene y educación. La Residencia Social “Cristo Obrero” estaba dirigida por una Junta

²⁷ Pilar González Restrepo, hija del conocido escritor antioqueño Fernando González y nieta, por la rama materna del ex presidente de la República, Carlos E. Restrepo. LÓPEZ OSEIRA, Ruth, “Entrevista a Stella y Yolanda Jaramillo Quijano”, Medellín, 30 septiembre 2002.

²⁸ RESTREPO R. y ÁNGEL R., “Desarrollo del movimiento de Residencias”, p. 36.

compuesta por el cura párroco, feligreses que participaban activamente en los grupos parroquiales, representantes de los habitantes del barrio y profesionales del servicio social. En la institución, además de existir el servicio social de caso y de grupo, las directivas crearon un consultorio médico y odontológico, una sala-cuna y un kinder. Los beneficiarios, en su mayor parte mujeres, podían acceder a servicios de ayudas económicas, caja de ahorros y un programa de educación popular. Durante el periodo que abarca el presente estudio (1945-1960), la financiación de la institución corrió a cargo de su fundadora –persona acomodada– y de donaciones de particulares.

También en 1947, otra estudiante, Mercedes Echavarría²⁹, fundó la Residencia Social “Nazaret” en la fracción de El Poblado, una zona semirural en las afueras de Medellín, la cual dirigió durante varios años. Esta asistente social se especializó, en la Universidad de Pennsylvania, en Servicio Social de Caso, motivo por el cual este método de servicio social se convirtió en el énfasis de la Residencia. La mayoría de los asistidos vivían en un área conocida como “La Loma”, y se dedicaban a las labores del campo. La Residencia se financiaba con aportes de algunas fa-

milias ricas, como los Echavarría, que habían comenzado a trasladar sus residencias desde el centro de la ciudad a este sector campestre. En 1955 la Residencia se anexó a la parroquia de San José de El Poblado, y pasó a denominarse “Centro Social Parroquial”.

Tras estas primeras experiencias, las Residencias se dieron a conocer como una forma exitosa de organizar y coordinar la asistencia caritativa en los barrios populares. Grupos de mujeres vinculadas a organizaciones como la Acción Católica, la Cruzada Social o la Congregación de Hijas de María, a veces acompañadas y estimuladas por los párrocos locales, fundaron Residencias como “Pío XII” (1948) en el barrio Gerona o en “Santa Teresita” (1954) en Laureles. También grupos de ex alumnas, en su mayoría de colegios de religiosas, fundaron Residencias Sociales como una estrategia para institucionalizar actividades caritativas que tradicionalmente venían realizando en los barrios y como forma de “tener una obra social que uniera a las exalumnas”³⁰. Entre 1955 y 1958, ex alumnas del Colegio de la Presentación crearon la Residencia Social “La Presentación”, en el céntrico barrio España; las salesianas del Colegio María Auxiliadora, la Residencia “María Auxiliadora” en el barrio Acevedo-Los Alpecitos, sobre la carretera a Bello; las del Colegio de La Enseñanza, la Residencia “Santa Juana”, en el barrio

²⁹ Hija de Guillermo Echavarría M. y Ángela Restrepo M., su padre era a su vez hijo del fundador de la empresa textil Coltejer, Alejandro Echavarría I, y estuvo vinculado a diversas empresas comerciales, industriales y agrícolas. LÓPEZ OSEIRA, “Entrevista a Stella y Yolanda Jaramillo Quijano”.

³⁰ RESTREPO R. y ÁNGEL R., “Desarrollo del movimiento de Residencias”, p. 41.

Fátima-Nutibara y las del Instituto de Orientación Familiar de la Universidad Femenina, la Residencia “Perpetuo Socorro”, en el sector de los barrios Guayaquil-Colón.

En todas ellas, las promotoras trabajaban como voluntarias en los programas de recreación, reparto de ayudas económicas y clases, que eran dirigidos por asistentes sociales profesionales con la ayuda de alumnas de la Escuela de Servicio Social. En la mayoría, las voluntarias compartían responsabilidades con las asistentes sociales profesionales y se responsabilizaban de la financiación y la obtención de recursos, acudiendo a diferentes métodos como bazares, cuotas, donaciones o confección de ropas.

Por su parte, la Iglesia católica promovió esta modalidad de intervención social con el fin de moralizar la sociedad y contener la expansión de otras iglesias cristianas. Por lo general las Residencias Sociales promovidas por el Comité de Defensa de la Fe, se ubicaron en barrios donde era detectada la presencia de activas campañas protestantes, en zonas del centro de la ciudad tradicionalmente consideradas focos de inmoralidad y desorden o en barrios ilegales de reciente creación, lejanos a las parroquias tradicionales y que, además, tenían fama de ser asiento de desplazados liberales de poblaciones antioqueñas afectadas por la violencia política conservadora como Santa Cruz, Manrique Oriental, Castilla y Guayaquil³¹.

Entre 1946 y 1958 fueron fundadas en Medellín diecinueve Residencias Sociales con objetivos, fuentes de financiación y estructuras organizativas bastante heterogéneos. La mayoría ofrecían básicamente programas asistencialistas (atención médica, reparto de auxilios económicos, víveres y ropas) y aunque sus actividades se dirigían a toda la comunidad, sus usuarias solían ser las mujeres de los barrios populares, pues habitualmente eran ellas las encargadas de hacer las filas para recibir las ayudas para resolver los problemas de subsistencia cotidiana, así como de informar a las asistentes sociales sobre los pormenores y dificultades familiares. En varias de estas instituciones se desarrollaron programas educativos y recreativos que también tuvieron a las mujeres, en especial a las madres, como público objetivo. De esta forma las mujeres populares ejercieron como mediadoras y divulgadoras de las campañas de moralización y de higiene. En algunos casos, la sensibilización acerca de los problemas específicos de las mujeres populares cabeza de hogar condujeron a la creación de servicios específicos como kinders y salas cunas, que les ayudaban a sobrellevar las cargas laborales y familiares.

³¹ El Comité Pro Defensa de la Fe fue creado en 1951 por Decreto Arzobispal, con el nombre de Comité Anti-Protestante. Su finalidad era desarrollar una campaña que contrarrestara la influencia protestante en los barrios de la ciudad. RESTREPO R. y ÁNGEL R., “Desarrollo del movimiento de Residencias”, p. 38.

Residencias Sociales creadas en Medellín entre 1946 y 1958

Nombre de la Residencia	Dirección	Año	Titularidad y financiación	Programas y servicios
Barrio Antioquia	Barrio Antioquia Calle 25 # 59	1946	Organización Católica Social Arquidiocesana OCSA. Escuela de Servicio Social. Asistente social: Blanca Cadavid Gónima. Auxilio de la OCSA. Donaciones.	Educación para mujeres jóvenes. Ayudas económicas. Servicio social de caso. Servicio médico y odontológico.
Cristo Obrero	Barrio Campo Valdés Cra. 45 # 74-10	1947	Parroquia El Calvario. Donaciones particulares. Asistente social: Pilar González. Donaciones.	Servicio social de grupo. Servicio social de caso. Sala cuna y Kinder. Educación popular. Servicio médico y odontológico. Ayudas económicas.
Nazaret	Fracción El Poblado Calle 9 Parque de El Poblado	1947	Parroquia San José. Donaciones particulares. Asistente social: Mercedes Echavarría. Donaciones.	Servicio social de caso. Servicio social de grupo. Clases.
Pío XII	Barrio Gerona Calle 41 # 27-26	1948	Parroquia La Milagrosa. Voluntarias de Acción Social Católica y Congregación Hijas de María de San Ignacio. Cuotas, bazar anual.	Ayudas económicas. Servicio médico. Clases.

La Asunción	Barrio Santa Cruz Cra. 45 # 102	1951	Comité Pro Defensa de la Fe. Arzobispado de Medellín. Asistentes sociales: Alicia Jaramillo y Olga Villa. Auxilio de la curia.	
San José	Barrio Manrique Oriental Calle 69 # 35	1951	Comité Pro Defensa de la Fe, Arzobispado de Medellín, OCSA. Parroquia Santa Ana. Asistentes sociales: Maria Elena Sandino y Blanca Gallego. Subvención de la curia.	
San Judas Tadeo	Barrio Castilla Calle 95 # 67-57	1952	Comité Pro Defensa de la Fe. Arzobispado de Medellín. Asistentes sociales: Tina Gallego y Estrella Mejía. Subvención de la curia.	Educación de adultos. Servicio médico.
El Carmelo	Barrio Guayaquil Calle San Juan # 56-10	1953	Comité Pro Defensa de la Fe. Arzobispado de Medellín. Subvención de la curia.	Escuela primaria para niñas. Servicio médico. Clases para adultos.
Nuestra Señora del Sagrado Corazón	Barrio Buenos Aires Calle Ayacucho	1954	Parroquia de Buenos Aires y grupo de feligresas. Asistentes sociales: Teresita Uribe y Luz Mercedes Restrepo. Donaciones particulares.	Servicio médico. Ropero. Ayudas económicas. Clases.

Santa Teresita	Barrio Belén	1954	Parroquia Santa Teresita. Voluntarias de Acción Social Católica y Cruzada Social. Asistente social: Amanda Lalinde. Donaciones particulares.	Ayudas económicas. Servicio médico y odontológico. Programas educativos y recreativos para niños, jóvenes y adultos. Clases para adultos.
Casita María	Municipio Envigado Barrio Rosellón	1954	Empresa Rosellón. Servicio Social Industrial. Subvención de la empresa.	Servicio social de grupo. Recreación y deportes.
La Presentación	Barrio España Cra. 42 # 41-13	1955	Ex-alumnas del Colegio La Presentación. Asistente social: Gabriela Ospina. Subvención de la comunidad religiosa.	Servicio médico. Ayudas económicas. Reparto de víveres y ropero. Clases. Biblioteca. Servicio social de caso.
El Rosario	Barrio Las Estancias Cra. 12 # 52-20	1955	Damas de la Caridad. Parroquia Nuestra Señora de los Dolores. Subvención de la institución.	Recreación. Biblioteca. Clases para adultos. Organización comunidad.
R. S. Perpetuo Socorro	Barrio Colón Calle 40 # 46-20	1956	Ex-alumnas del Instituto de Orientación Familiar de la Universidad Femenina.	Servicio médico. Clases.
Marié Poussepin	Barrio La América Cra. 86 # 44-94	1956	Hermanas de La Presentación y ex-alumnas del Colegio La Presentación. Subvención de la comunidad religiosa.	Servicio médico. Reparto de víveres y ropero. Escuela primaria para niñas. Clases para adultos.

Espíritu Santo	Barrio Prado Calle San Martín # 63-19	1956	Parroquia del Espíritu Santo y voluntarias de Acción Social Católica de la parroquia. Donaciones particulares.	Servicio médico. Reparto de viveres.
María Auxiliadora	Barrio Acevedo Los Alpecitos. Carretera a Bello.	1957	Ex-alumnas del Colegio María Auxiliadora. Subvención de la comunidad religiosa.	Ayudas económicas. Ropero. Catecismo. Clases para adultos.
Margarita Bosco	Barrio Boston Calle de La Ladera	1958	Parroquia El Sufragio y feligresas de la parroquia. Coordinación de Obras de Acción Social Católica. Donaciones particulares.	
Santa Juana	Barrio Fátima	1958	Ex-alumnas del Colegio La Enseñanza. Subvención de la comunidad religiosa.	Servicio médico. Clases para adultos.

Fuentes: CADAVID GÓNIMA, "Residencias Sociales"; RESTREPO R. y ANGEL R., "Desarrollo del movimiento de Residencias".

Mediante estas actividades, las asistentes sociales –y sus colaboradoras voluntarias– insistían en su labor civilizatoria de educar a las mujeres populares en “orden y aseo, método y ahorro, higiene y limpieza, frugalidad y moderación” y los valores y prácticas que debían caracterizar a la mujer, la madre y a la ama de casa moderna en el marco de un modelo cristiano de modernización social³².

Hacia finales de la década de 1950, las asistentes sociales afirmaban que los programas de economía doméstica impartidos en las Residencias eran exitosos porque respondían a las necesidades de las amas de casa de los barrios populares:

³² SANDINO, “Origen y evolución”, p. 11.

La parte educativa que se refiere al manejo y buen cuidado del hogar comprende corte, costura (...), todo lo relacionado con los alimentos (...) clases de puericultura y primeros auxilios. Es el servicio a grupos más generalizado, ya que lo están prestando 16 Residencias. Las señoras y señoritas ordinariamente van a las Residencias atraídas por estas actividades. Son un buen medio para influir en el orden e higiene de las viviendas y para levantar poco a poco el nivel de vida de los barrios en donde las condiciones de vida y la educación de las encargadas del manejo del hogar pueden mejorar cada vez más con la ayuda de la Residencia³³.

Pero también comenzaban a percibir que era necesario adaptar dichos programas a las inquietudes de los usuarios, refiriéndose en especial a las generaciones de mujeres más jóvenes:

Nos llamó la atención en la investigación el hecho de que en algunas Residencias se quejan de que las señoritas no responden lo mismo que las señoras. Al analizar los programas se observa que, en donde esto sucede, la directiva no se ha dado cuenta de que tienen un programa para señoritas igual al de las señoras y naturalmente una madre de familia está mucho más interesada en actividades que se refieren al hogar de

lo que puede estar una joven. Es probable que si el programa de la Residencia fuera baile, deportes, música, arreglo personal, preparación al matrimonio, etc., se encontraría que la matrícula de señoritas sería tan extensa como la de señoras. Por esta circunstancia es muy importante que la Residencia ofrezca programas que estén de acuerdo con la clase de personas que se benefician de sus servicios³⁴.

Del Patronato de Obreras al Servicio Social Industrial

La aparición en Medellín entre los años veinte a los cuarenta de un numeroso contingente de obreras fabriles –la mayoría jóvenes procedentes de tradicionales familias campesinas o pueblerinas de la región antioqueña– despertó reacciones entre distintos observadores. Reformadores católicos, mujeres de organizaciones caritativas y funcionarios del gobierno se asociaron a un discurso internacional que hacía énfasis en la contradicción entre la feminidad y el sórdido mundo del trabajo fabril así como en la ambigua identidad de la mujer obrera y generaba el estereotipo acerca de la mujer obrera como un ser sexualmente vulnerable y necesitado de protección moral. Estas representaciones se materializaron en entidades asistenciales como el Patronato de Obreras (1912). La institución, fun-

³³ RESTREPO R. y ÁNGEL R., “Desarrollo del movimiento de Residencias”, p. 138.

³⁴ RESTREPO R. y ÁNGEL R., “Desarrollo del movimiento de Residencias”, pp. 137-138.

dada y dirigida por un grupo de mujeres pertenecientes a los sectores más pudientes y distinguidos de la sociedad local, ofrecía a las jóvenes obreras inmigrantes servicios como dormitorio, restaurante, caja de ahorros, talleres formativos y recreación, al tiempo que promovía lecturas dominicales, misas, comuniones, retiros espirituales en los que se trataba de inculcar a las obreras valores morales como la castidad y la piedad, y hábitos de puntualidad, higiene, ahorro, sumisión, diligencia y respeto a los patrones. Su disciplina interna lo asemejaba más a un convento o un internado escolar femenino que a una residencia.

Este modelo fue replicado posteriormente por los dueños y gerentes de Fabricato, una de las empresas más relevantes de la ciudad, quienes fundaron en 1935 un centro social dependiente de la fábrica, el Patronato María Poussepin, incorporando muchas de aquellas prácticas a su modelo paternalista de disciplina fabril. Tanto en la historiografía como en el imaginario local los Patronatos ocupan un lugar destacado entre las representaciones del inicio de la industrialización en Medellín, un lugar en el que se hace énfasis en el paternalismo empresarial y en la idea de que la fábrica era como una gran familia patriarcal tradicional que, como aquellas, procuraba guardar y proteger la castidad de sus hijas-obreras hasta el matrimonio³⁵.

³⁵ El Patronato de María Inmaculada y San Francisco Javier, fundado en 1912 por mujeres de la élite, se dirigió solamente a las obreras de fábricas,

Sin embargo, para la década de 1950, a medida que la mano de obra femenina fue siendo sustituida masivamente por hombres en las diferentes tareas de los principales centros fabriles, las empresas comenzaron a dejar de subsidiar proyectos como los patronatos y tendieron a concentrar su interés en otro tipo de políticas y beneficios extrasalariales. El complejo imaginario con que se había representado a la “mujer obrera” fue cediendo paso al del “varón proveedor” y a una renovada atención por la domesticidad. Un ejemplo de ello fue la rapidez con que entre los empresarios, los medios de comunicación, los funcionarios públicos y sectores de la Iglesia, por ejemplo, se extendió la idea de implantar el salario familiar³⁶, o cómo las empresas comenzaron a desarrollar áreas específicas de

excluyendo otras categorías laborales como sirvientas, dependientas, oficinistas, maestras, etc. Esta institución, conocida también como Patronato de Medellín, pasó a ser administrada en 1935 por la comunidad religiosa de las Hermanas de la Presentación. Para entonces, su orientación cambió y en lugar de dirigir sus servicios exclusivamente a las obreras de fábricas, los amplió a otro tipo de trabajadoras; abrió además un internado de niñas anexo, donde residían niñas y jóvenes estudiantes procedentes de otros departamentos y municipios, que no habían logrado un puesto en el respectivo internado escolar. No debe confundirse con el Patronato María Poussepin o Patronato de Fabricato, fundado por la empresa textil Fabricato en 1935, el cual también fue administrado por la misma congregación religiosa.

³⁶ RESTREPO HOYOS, Jorge, *Aspectos económicos de la seguridad social en Colombia*, Bogotá, Aedita-Cromos, 1960; RENGIFO, Jesús María (Comp.), *Antecedentes y documentos de los seguros sociales en Colombia*, Bogotá, Antares, 1952; HERRNSTADT, Ernesto, *Tratado de derecho*

Secretariado Social dentro de sus divisiones de gestión del personal y a contratar visitadoras sociales que evaluaban la vida familiar de los solicitantes de trabajo, visitaban a los obreros en sus casas y organizaban programas de capacitación y recreación tanto para ellos como para sus familias.

A lo largo de las décadas de 1940 y 1950, paulatinamente, las asistentes sociales profesionales fueron desplazando a las voluntarias y a las visitadoras no profesionales en la gestión y administración de los Secretariados Sociales de las fábricas y establecieron nuevos programas dirigidos no solo al obrero, sino también a su grupo familiar. Inclusive las asistentes sociales que atendían las consultas individuales de los obreros dirigían su intervención hacia la situación de las esposas y otros miembros del grupo familiar. En una de las columnas de opinión de carácter divulgativo que Amanda Gómez –subdirectora de la Escuela de Servicio Social– publicaba semanalmente entre 1947 y 1967 en el diario local *El Colombiano*, se podían leer casos como éste:

(...) Pero durante la visita domiciliar la visitadora investigó y observó todo lo relacionado con el ambiente familiar. La esposa del obrero era joven y agradable; vestía sencillamente y vivía descalza, lo que parecía apenarla mucho

ante la visitadora. Una vez lograda la confianza de ésta, abrió las puertas de su corazón: había sido religiosa misionera, y al casarse y llegar a su tercer hijo había venido a menos hasta el punto de carecer de vestido adecuado para salir. [como objetivo del tratamiento del caso, la asistente social propuso] Levantar un poco la posición de la esposa, procurándole una vida más decente (...) dentro de su nivel social”³⁷.

Con recursos del Secretariado Social de la empresa, la asistente social gestionó lo que hoy llamaríamos un microcrédito, con que la mujer inició una pequeña empresa doméstica y retomó por tiempo parcial la profesión que había ejercido siendo soltera, a fin de que sus nuevas actividades no colisionaran con sus deberes de esposa y madre.

Los Secretariados Sociales de las empresas, además de atender los casos individuales, ensayaron otras formas de extender el servicio social establecido por las empresas hacia las familias de los obreros, replicando el modelo de las Residencias Sociales. Así, en 1954 se fundó “Casita María” en el barrio obrero de la fábrica Rosellón “para proporcionar a la gente del barrio obrero distracción sana y oportunidades para levantar su cultura y su nivel educacional”. Su programa se distinguía por poner énfasis en las actividades de grupos

social colombiano, Bogotá, Nelly, 1951; BOTERO, Juan, *Manual del trabajo*, Bogotá, Ediciones Prensa Católica, 1945.

³⁷ GÓMEZ, Amanda, “El servicio social industrial”, *El Colombiano*, Medellín, 1 de abril de 1951.

primarios —clubes, asociaciones— y no en los servicios asistenciales, centralizados en el secretariado social de la fábrica. Esto hacía que los usuarios identificaran la institución como una entidad lúdica y cultural donde tenían sede varios grupos socioculturales conformados por la gente del barrio, en su mayoría trabajadores de la empresa y sus familias. Muchos de estos grupos estaban conformados por madres obreras, niñas y jóvenes, quienes tenían un amplio margen de decisión acerca de las actividades a desarrollar³⁸.

Estas mismas prácticas, experiencias y representaciones dirigidas a reforzar y valorar el rol maternal y doméstico de las mujeres de sectores populares influyeron en la forma en que se aplicó la legislación que estableció el salario familiar en Colombia. Este tipo de complemento salarial, denominado subsidio familiar, fue establecido por las empresas medellinenses hacia 1954 y convertido en norma nacional en 1957³⁹. Administrado a través de corporaciones

privadas, llamadas Cajas de Compensación Familiar, el subsidio, que debía ser pagado al trabajador, en la práctica, y especialmente en Medellín y la región antioqueña, fue entregado directamente a las esposas de los trabajadores en un 90% de los casos, pues las asistentes sociales encargadas de administrar el servicio afirmaban que “(...) se llegó a la conclusión de que el subsidio era mejor utilizado por las esposas y más de la mitad de éstas opinaron que lo deberían recibir ellas directamente, en atención a lo cual se recomendó pagarle a las esposas”⁴⁰.

La generalización del pago del subsidio familiar a las esposas de los trabajadores y no a éstos, reforzaba la representación de la mujer-madre como la principal responsable de la subsistencia, el cuidado y el bienestar de los hijos y demás miembros de la familia, y las visibilizaba como población objeto de las políticas sociales.

3. A modo de conclusiones y una coda

Para entender cómo y por qué las nuevas modalidades de asistencia social vinculadas a las formas de paternalismo

³⁸ RESTREPO R. y ANGEL R, “Desarrollo del movimiento de Residencias”, p. 41.

³⁹ AGUAS SOLÓRZANO, Primitivo, *Régimen del subsidio familiar en Colombia*, Bogotá, Andercop, 1969; POVEDA RAMOS, Gabriel, *Comfama: precursora y protagonista del subsidio familiar en Colombia, 1954-1989*, Medellín, Comfama, 1990; CORREA RAMÍREZ, John Jaime, *Comfenalco Antioquia: una senda en la historia de la seguridad social en Colombia, 1957-2000*, Medellín, Comfenalco, 2000; MORALES BENÍTEZ, Otto (Comp.), *Bases históricas y doctrinarias del régimen social y del subsidio familiar en Colombia*, tomos II, III y V, Bogotá, Colsubsidio, 2001.

⁴⁰ JARAMILLO LONDOÑO, Gilma, “Monografía sobre el subsidio familiar”, Tesis de grado, Facultad de Servicio Social, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 1962, pp. 23-24; COMFAMA, Informe y Balance correspondientes a 1965, Medellín, abril de 1966, p. 4. Esto suponía un total de \$22.800.000,00 en el ejercicio de 1965, equivalente a un 88% de los subsidios netos repartidos y un 3,2% del monto total de la nómina salarial de las empresas afiliadas a Comfama.

empresarial y a las políticas asistenciales estatales y privadas desarrollaron como rasgo característico la inclusión de las esposas y madres obreras de los sectores populares, es necesario conocer el papel que previamente había desempeñado toda una larga tradición de activismo femenino en el campo caritativo y filantrópico, así como su posterior profesionalización.

Las prácticas caritativas tradicionales y los programas desarrollados por las profesionales del servicio social hicieron de las mujeres de sectores populares la población objeto y el vector a través del cual esperaban transformar las prácticas cotidianas y las mentalidades de dichos sectores. Voluntarias y profesionales insistieron en la ignorancia de las mujeres y madres populares, en la necesidad de formarlas, moldeándolas a imagen y semejanza del ideal elaborado por una élite educada acerca de la modernización, la cultura, la higiene y la moral; una imagen con la que se representaba a los sectores populares, por contraste, como una “rémora del progreso”.

Paradójicamente, con ello contribuyeron a aumentar el interés y preocupación por la situación de las mujeres – niñas, jóvenes, adultas y madres – de los sectores obreros y populares, al tiempo que enfatizaron las cualidades y capacidades de éstas para convertirse en interlocutoras válidas de las políticas asistenciales y sociales. Al reforzar el rol maternal y doméstico de las mujeres, evidenciaron y llevaron al debate público asuntos que habían permaneci-

do en la esfera de lo privado: la falta de educación y empleo, la marginación a la que eran sometidas dentro de sus hogares y familias, el abandono, la seducción y otros asuntos sutiles de la vida diaria. Hicieron patente una perspectiva femenina sobre los problemas sociales que, por lo general, no tenía cabida en las proclamas o los programas oficiales de los partidos, las orientaciones de las burocracias oficiales o los discursos de las altas jerarquías de la Iglesia acerca de la cuestión social y el precio del progreso. Finalmente, a través de sus prácticas contribuyeron a reforzar y difundir representaciones acerca del rol maternal que orientaron algunas de las políticas públicas del momento, como fue el caso de la puesta en práctica de las leyes sobre el subsidio familiar.

En los años noventa, la historiografía de las mujeres y de género reveló que, en varios países europeos y en Norteamérica, prácticas y representaciones relativas a la maternidad subyacieron al origen de los estados asistenciales y de bienestar⁴¹. Estas prácticas y representaciones, así como su materialización institucional, recibieron la denominación de “políticas maternalistas”. Estos estudios trataron de mostrar que el “maternalismo” no

⁴¹ KOVEN, Seth y Sonya MICHEL (Eds.), *Mothers of a New World: Maternalist Politics and the Origins of Welfare States*, Nueva York, Routledge, 1993; BOCK, Gisela y Pat THANE (Eds.), *Maternidad y políticas de género. La mujer en los estados de bienestar europeos, 1880-1950*, Madrid, Cátedra - Instituto de la Mujer, 1995.

solo no había debilitado la participación política de las mujeres, aún cuando éstas carecían de los derechos políticos, sino que actuó como una vía eficaz de acceso a la esfera pública. Inclusive, mostraron cómo las burocracias estatales en formación fueron receptivas a la influencia que ejercían las organizaciones de mujeres sobre la orientación de las políticas públicas; así, el germen de muchas políticas sociales podía rastrearse en prácticas femeninas caritativas, filantrópicas o de asistencia social, entre otras. De forma similar – Colombia fue uno de los países de América Latina que más tardó en reconocer el voto femenino, en 1954–, las activistas de asociaciones caritativas y filantrópicas femeninas de Medellín, así como las asistentes sociales, influyeron en la definición de la agenda social privada y gubernamental. Analizando las prácticas asistenciales femeninas, es posible afirmar que, para el caso de Medellín, todo ello fue conformando una cultura política femenina cuyos rastros aún hoy son perceptibles.

Coda

Entre 1945 y 1960 se graduaron de la Escuela de Servicio Social de Medellín 110 asistentes sociales, y el número de estudiantes continuó en aumento, sobre todo desde que la Escuela se transformó en la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Pontificia Bolivariana y la carrera fue reconocida como licenciatura universitaria. En 1963 ingresaron los primeros hombres, lo cual fue bienvenido, pues se afirmaba que

darían a la profesión mayor estabilidad, ya que las mujeres, al contraer matrimonio, solían abandonarla. Otra más de las paradojas del acceso de las mujeres a la educación superior. Además, ello permitiría a los profesionales del trabajo social acceder con mayor facilidad al público masculino y comenzar a integrar a los varones en los programas asistenciales.

Los estudios existentes respaldaban en cierta manera este lugar común. De las 69 asistentes sociales graduadas entre 1945 y 1954, 50 trabajaban activamente y 19 se habían retirado. Una encuesta realizada entre graduadas de Servicio Social diez años después, en 1964, mostró que el 60% de ellas eran solteras, el 39% casadas y el 1% religiosas; de las solteras trabajaba el 95,8%, de las casadas el 50% y de las religiosas el 100%⁴². El mismo estudio subrayaba que de las 174 egresadas hasta 1964, el 14,5% habían realizado estudios de postgrado en el exterior. Por esa fecha, en su desempeño profesional, casi todas habían accedido al rango de Jefe de Oficina o Jefe de Departamento⁴³. En 1963, una proyección realizada por el Instituto Colombiano de Estudios Técnicos en el Exterior, “Re-

⁴² ARCILA DE ECHEVERRI, Luz Emilia *et. al.*, “El ejercicio de la profesión de servicio social en Antioquia”, Tesis de grado, Facultad de Servicio Social, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 1964, p. 31.

⁴³ JARAMILLO QUIJANO, Yolanda, “El servicio social en la ciudad de Medellín”, Tesis de grado, Escuela de Servicio Social, Medellín, 1954, p. 63.

cursos y requerimientos de personal de alto nivel en Colombia, 1963-1970”, afirmaba que había en todo el país 281 asistentes sociales y que los empleadores mostraban una alta demanda de estas profesionales, siendo de hecho la profesión de mayor demanda en el país y de mejor perspectiva de inserción laboral⁴⁴.

La inclusión de hombres, aunque fuera de forma minoritaria, como profesionales de servicio social, así como la apertura, en 1969, de la Facultad de Servicio Social de la Universidad de Antioquia, vinculando esta área al sector de la educación superior pública, contribuyeron a transformar profundamente las prácticas y representaciones femeninas en torno a la “cuestión social”, la caridad y el asistencialismo originadas en los años cuarenta.

⁴⁴ SANDINO, “Origen y evolución”, pp. 34-35.